

La infancia de Rodrigo

A las orillas del Ubierna, junto a estos molinos y por estos trigales, corrió la infancia de Rodrigo.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL. *El solar del Cid*.

De pequeño, Rodrigo llevaba siempre una espada de madera con su vaina correspondiente, colgada de un cinto. Le gustaba desenvainar y arremeter contra todo: fardos de ropa, sacos de cereales o legumbres y hasta su propia sombra en las paredes.

Vivían en el castillo de Ubierna, en el valle del río del mismo nombre. Era un territorio que años antes había pertenecido al rey de Navarra, y que Diego Laínez, el padre de Rodrigo, soldado destacado al servicio de Fernando I de Castilla, había recuperado por la fuerza de las armas. Como pago a sus servicios, el rey don Fernando lo había convertido en señor del castillo, desde donde se dominaba el valle.

Pero el pequeño Rodrigo no había nacido allí sino al sur, en la cercana aldea de Vivar, a unas dos

leguas¹ de distancia, donde la familia de su madre, una de las más nobles de Castilla, tenía una casa de gruesos muros. Precisamente le habían puesto el nombre de Rodrigo en recuerdo de Rodrigo Álvarez, su abuelo materno, hombre notable al que no había llegado a conocer, pero del que su madre le hablaba a menudo.

En el propio castillo o en las casas del valle de Ubierna vivían los compañeros de armas, los vasallos más leales y algunos parientes de Diego Laínez, padre de Rodrigo. Cuando Diego Laínez partía a guerrear contra los navarros, muchos iban con él, porque estaban acostumbrados a seguirlo y a luchar a su lado.

El pequeño Rodrigo observaba los preparativos y la partida de las tropas, hasta que desaparecían tras los montes. Luego reunía a sus amigos, que en buena parte eran los hijos de los compañeros de su padre, y jugaban a imitar a los mayores y a guerrear. Nadie quería ser ni navarro ni moro,

¹ La legua es una antigua unidad de longitud, que expresa la distancia que una persona o un caballo pueden andar en una hora. Se trata, pues, de una medida itinerante. La legua castellana equivalía a poco más de cuatro kilómetros.

y Rodrigo tenía que imponerse para hacer que los grupos fuesen parejos.

—¡Tú, Martín Antolínez, y tú, Muño Gustioz, pasad al bando moro!

—No, que perdemos siempre —protestaba Muño.

—¿Osáis desobedecer a Rodrigo Díaz de Vivar? —preguntaba Rodrigo, y los miraba fijamente, al tiempo que empuñaba su espada.

Hablaba con tanta seguridad que sus amigos acababan cediendo.

Como parecía injusto que solo él tuviera una espada, aunque fuese de madera, se pusieron a hacer más espadas y lanzas de caña. Pero el arma más efectiva era la honda de piel de becerro y cuerda de cáñamo, que todos manejaban con destreza y con la que cazaban pájaros del campo y también perdices, que desplumaban, asaban y se comían al calor del fuego.

Un día, de paso por el pueblo, robaron una gallina de un corral. El propietario llegó a tiempo de ver a los pequeños ladrones, reconoció a Rodrigo, lo siguió hasta el castillo e insistió en ser atendido por

los señores del lugar. Hacía falta cierto valor, porque no era más que un simple campesino y podía ser azotado, pero estaba furioso y sentía cariño por aquella gallina, que le había dado muchos huevos.

La reclamación llegó hasta la madre. Llamaron a Rodrigo, que admitió la culpa sin rechistar, y el propietario de la gallina recibió su pago.

—No vuelvas a hacerlo —le dijo la madre a Rodrigo, cuando estuvieron solos—. Que nadie pueda decir que en nuestra familia se roba.

—No he sido yo —replicó Rodrigo—. Fueron mis amigos. Pero es como si lo hubiera hecho yo, porque me he convertido en su jefe y ellos en mis soldados.

Así pasaban los días de la infancia, mientras jugaban entre los trigales y nadaban en el río, junto a los molinos que recogían el agua para moler el grano.

En ocasiones llegaban noticias de que las tropas estaban de vuelta, y Rodrigo subía a la torre de vigía para avistarlas. A ratos, la espera se hacía penosa, interminable. Cuando Diego Laínez aparecía por fin, al frente de sus guerreros, Rodrigo

bajaba corriendo, se deslizaba por la ladera y salía al camino. Al verlo, Diego desmontaba, cubierto de polvo, y se abrazaban.

—¿Me la has traído, padre?

—¿Si te he traído qué?

—Ya lo sabes. La espada prometida. Estoy harto de jugar con una de madera.

—Pues no. He vuelto a olvidarme. Pensé que te bastaría con mi persona.

—Y me basta, padre. Pero me la prometiste.

—Lo sé, Rodrigo, lo sé. Quizá se me olvida porque aún eres un niño, y no puedo imaginarte con una espada de veras.

Era inevitable que, con aquel amor por las armas, Rodrigo quisiera ser soldado, como su padre.

La madre dio su consentimiento, como lo había dado anteriormente con sus hijos mayores. Pero, como no quería tener por hijo a un simple bruto, puso la condición de que se le buscara un preceptor que le enseñase a leer y a escribir.

No tuvieron que indagar mucho. En el monasterio de San Pedro de Cardeña, al sureste de Burgos, había un monje benedictino, el padre

Sancho, que estaba ansioso por transmitir sus conocimientos.

El padre Sancho se instaló en el castillo de Ubierna. Se levantaba temprano para rezar, y a continuación despertaba al niño y empezaba la clase. No solo le enseñaba a leer y a escribir. También le hablaba del rey, al que había que obedecer sobre todas las cosas, porque solo Dios estaba por encima de los héroes, que debían ser fuertes, valerosos y prudentes, y de los santos, cuya fortaleza residía en la fe.

Al escucharlo, Rodrigo sentía henchirse su corazón. Tenía sus propios héroes: miembros de su propia familia, como su abuelo materno, Rodrigo Álvarez, que había ganado territorios a los moros, y su propio padre, Diego Láinez, que no había perdido una sola batalla. Y también, cómo no, algunos personajes de la Biblia, como el pequeño David, que había usado la honda para derribar al gigante Goliat, y Sansón, que se había sacrificado y había hecho caer las columnas del templo sobre sí mismo, para que con él muriesen todos los filisteos.



Luego, por la tarde, Rodrigo aprendía a montar. Bajo la estricta vigilancia de los mozos de su padre iba pasando del burro al potro, y de este al caballo. Le enseñaron a mantenerse erguido, a tranquilizar a un animal inquieto, a desplazarse por un terreno montañoso.

Una mañana, desde la torre, vio la doble columna de guerreros encabezada por su padre, que se acercaba por el camino, y bajó corriendo. Antes de que le preguntara nada, Diego Laínez le mostró una espada, cuya ancha hoja refulgía al sol.

Rodrigo dio un grito de admiración. Por fin tenía una espada de verdad.